

Pensando en zigzag

MICAELA SZEFTTEL



Reseña de Osswald, Andrés Miguel, *La fundamentación pasiva de la experiencia. Un estudio sobre la fenomenología de Edmund Husserl*, Madrid, Plaza y Valdés Editores, 2016, 258 pp.

Recibida el 15 de febrero de 2017 – Aceptada el 20 de marzo de 2017

Hasta ahora el libro sólo se distribuye en España, pero se espera que a la brevedad también esté disponible en las librerías especializadas de nuestro país.

Es muy posible que todo aquel que se haya iniciado en el estudio de los análisis husserlianos de la pasividad sintiera en algún momento que transitaba un camino denso e irregular. Los motivos de esto son diversos. Quizá se deba, en primer lugar, a que la recepción de estos análisis es más bien tardía y, por lo tanto, entran en tensión inmediata con la filosofía de Edmund Husserl más difundida hasta entonces y cercana al ideal moderno de subjetividad, que entendía al sujeto como un yo atento y capaz de dirigir su conciencia a voluntad. En efecto, son escasas las ocasiones en las que Husserl se refiere a la pasividad en la obra que publica en vida. En las *Leciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, *Experiencia y juicio* y *Meditaciones cartesianas* apenas pueden encontrarse algunas menciones, pero en 1966, con la edición del tomo XI de la *Husserliana* (serie editorial que reúne los textos de Husserl publicados en vida y póstumamente), *Analysen zur passiven Synthesis*, la recepción de la temática tomó forma y habilitó una producción sistemática sobre ella. Pero la historia se complejizó cuando salieron a la luz hace poco más de una década las investigaciones que Husserl emprendió alrededor de los años treinta y que complementan los estudios sobre el presente viviente que se pueden encontrar en los *Manuscritos de Bernau*. En segundo lugar, el gran desafío al que nos enfrentamos al momento de analizar la pasividad es poder dar cuenta de la multiplicidad de niveles que se encadenan unos tras otro sin caer en la tentación de pensarlos como discontinuidades o saltos. En tercer lugar, las características mismas del objeto de estudio en cuestión resultan, a primera vista, problemáticas. Lejos de la mirada atenta del sujeto que constituye el mundo y se constituye a sí mismo con un carácter propio, los procesos pasivos son inasequi-

bles para el lenguaje del yo y exigen, por lo tanto, una reconfiguración constante del léxico husserliano y no husserliano.

Ante este escenario ciertamente complejo, el libro del argentino Andrés Osswald, *La fundamentación pasiva de la experiencia. Un estudio sobre la fenomenología de Edmund Husserl*, funciona como una guía invaluable. El autor se demora en una caracterización precisa de las distintas esferas de la pasividad, permitiendo así sortear las dificultades mencionadas. Simultáneamente, en el libro se abordan las principales discusiones que rondan la problemática: desde el tradicional debate en torno a los niveles de la conciencia temporal hasta la discusión más contemporánea sobre las condiciones de la afección, Osswald se introduce en los vaivenes de la crítica fenomenológica y encuentra su propio lugar en ella. Por ese motivo, no sólo aquel que únicamente se ha acercado al Husserl más difundido, sino también aquel que recién llega a la fenomenología en general encontrará en la *opera prima* de Osswald una lectura simple pero profunda e, incluso, un punto de apoyo firme para futuras indagaciones. Estas características, sumadas al amplio conocimiento que demuestra el autor de la obra husserliana, fueron seguramente los motivos por los cuales la Pontificia Universidad Católica de Chile haya decidido otorgarle al filósofo argentino un subsidio para la publicación de su tesis doctoral que, reeditada en 2016, es el contenido principal del libro que aquí se reseña. Es para resaltar, además, que no existe en el mundo hispanoparlante una obra dedicada exclusivamente a la problemática de la pasividad y que, además, sólo en algunos casos se logra transmitir de manera acabada las investigaciones que llenan las páginas de las obras husserlianas no traducidas al castellano, como los manuscritos de Bernau y los de los años treinta. Por nuestra parte,

entonces, intentaremos ofrecer una escueta muestra y una interpretación del libro en cuestión, procurando respetar el espíritu claro y directo del autor.

La pasividad en perspectiva

El primer capítulo del libro presenta las principales coordenadas que deben considerarse para comprender qué es la pasividad y cómo es su relación con la actividad. En un primer plano, Osswald se refiere a la pasividad en el marco del método genético, el cual permite poner de relieve cómo "la conciencia se determina a sí misma en virtud de su propia experiencia" (p. 39). Con la pregunta por la génesis de los procesos subjetivos, formulada explícitamente por primera vez alrededor del año 1918, se abandona la concepción característica de *Ideas I*, donde el yo era concebido como un polo puro y vacío de actos y se reemplaza por otra que entiende al sujeto en su devenir y dotado de una historia trascendental, que funciona, a su vez, como condición de los actos constituyentes de objetividades. No obstante, el autor advierte que no toda síntesis pasiva necesita para su explicitación de una perspectiva genética. Por ejemplo, en el caso de la síntesis del tiempo no se describe el devenir concreto del yo sino la estructura formal de la conciencia. En un segundo plano, la pasividad descubierta configura la actividad pero no se distingue absolutamente de ella. El motivo de esto es que la pasividad no se identifica, como lo había concebido Kant, con el operar de una facultad meramente receptiva, a saber, la sensibilidad, sino que es el sitio para la síntesis de unidades pre-objetivas. Sin embargo, Osswald resalta, junto a Iso Kern en su ya clásico libro *Husserl und Kant*, que la relación entre estas dos filosofías es menos de oposición que de profundiza-

ción, en la medida en que Husserl habría comprendido que el concepto kantiano de imaginación productiva aludía a una facultad tanto sensible como intelectual y que, por lo tanto, hacía posible pensar una gradualidad entre ambos niveles, cuyas primeras expresiones pueden rastrearse en la conciencia de horizonte y en la síntesis temporal. Justamente esta última es el tema del siguiente capítulo.

La síntesis temporal, afirma Osswald, constituye "el nivel más fundamental de la vida pasiva en particular y, por extensión, de la vida de la conciencia, en general" (p. 24). En el segundo capítulo, el más extenso y quizás el más complejo del libro, el autor repasa brevemente los vaivenes editoriales de la obra husserliana sobre el tiempo. Esta introducción es imprescindible, pues contextualiza los sucesivos intentos de Husserl por aclarar el fenómeno del tiempo y de la duración y los pone en relación con el método y los intereses teóricos preponderantes en cada etapa. El autor aborda los tres volúmenes de la *Husserliana* sobre el tema: *Lecciones de fenomenología sobre la conciencia interna del tiempo* (Husserliana X), que reúne textos producidos entre los años 1893 y 1917; los llamados *Manuscritos de Bernau* (Husserliana XXXIII), cuyo contenido data de los años 1917 y 1918; y los llamados *Manuscritos del Grupo C* (Hua. Materialen VIII), que son productos del trabajo que Husserl emprende entre los años 1929 y 1934. El conocimiento exhaustivo de los textos que demuestra Osswald le permite poner en perspectiva histórica los problemas filosóficos que el mismo Husserl y sus intérpretes subrayaron y contribuyeron, de este modo, con una visión completa y original acerca del tópico del tiempo.

Osswald presenta la modificación que sufre, en el marco de los análisis del tiempo, el esquema "aprehensión-contenido de

aprehensión", desarrollado por Husserl en *Investigaciones lógicas*. Este esquema definía todo acto intencional como la interpretación por parte de la conciencia de un material o dato de sensación inmanente. Entre otros problemas, la aplicación irrestricta de este modelo provocaría el regreso al infinito de una conciencia temporal objetivante, en la medida en que la unificación e identidad de un objeto trascendente se refiere a los actos constituyentes, que a la vez tienen una duración, cuyos momentos deben ser sintetizados por otra conciencia objetivante que se encargue de ello, y así eternamente. La solución a este regreso al infinito puede rastrearse en los primeros intentos de Husserl por postular una conciencia absoluta, que no solo carezca de una función objetivante sino que también sea absolutamente ajena al flujo temporal. Por ello, Osswald resalta que "las fases del curso absoluto forman una estructura fija y co-actual, de manera que retención, impresión y protensión son la fuente atemporal de toda temporalización" (p. 70). Sin embargo, el autor argentino encuentra esta solución insuficiente, ya que conduce igualmente a un regreso al infinito; esta vez, signado por la duplicidad de la instancia de auto-percatación, que supone una distancia entre la conciencia que ha de devenir consciente y la conciencia para la cual esta primera conciencia se hace consciente. Por lo tanto, si no se especifica exactamente (o lo más exactamente posible) cómo funciona la conciencia absoluta del tiempo no sólo no se vencerá el fantasma del regreso al infinito sino que tampoco se comprenderá cómo es posible que los contenidos se reconozcan como propios, tanto en el momento actual como una vez que pasaron, es decir, como retenidos.

En este contexto, resulta especialmente interesante la elucidación del debate protago-

nizado por algunos de los intérpretes más importantes de Husserl (particularmente de su teoría del tiempo). Ante la interpretación estándar de Robert Sokolowski y John B. Brough, que defiende la separación de la conciencia temporal en tres niveles (el tiempo objetivo, las vivencias unificadas en el tiempo inmanente y la conciencia absoluta), Osswald se inclina parcialmente por la del fenomenólogo danés Dan Zahavi, quien reduce los estratos de la conciencia a dos. Es decir, mientras que en la versión estándar las unidades inmanentes son constituidas por la conciencia absoluta, en la de Zahavi, la conciencia absoluta no es “una instancia separada y ajena al acto sino el nombre que recibe la propiedad del acto de manifestarse a sí mismo” (p. 81). Esta estrategia logra anular el peligro de la objetivación de los actos del segundo nivel y habilita la posibilidad de distinguir entre dos tipos de manifestación: la propia de la conciencia, caracterizada por la ausencia de una distancia intencional, y la propia de los objetos del mundo, caracterizada por una distancia entre el polo noemático y el noético. Esta exégesis, inspirada, por otra parte, en la fenomenología inmanente de Michel Henry, lleva además a postular la primordialidad de la función de auto-percatación de la intencionalidad longitudinal. Lo novedoso del planteo de Osswald radica justamente allí: no sólo distingue, como se hace habitualmente, una intencionalidad trasversal –dirigida a los contenidos presentes, pasados y futuros– de una intencionalidad longitudinal, que se dirige hacia el propio curso de conciencia, sino que además jerarquiza las funciones de ésta. La conciencia puede percibir sus retenciones como propias y, en consecuencia, sintetizar un curso unitario si y sólo si cada una de las vivencias retenidas es vivenciada en su fase actual como propia, de lo cual se encarga precisamente la función de auto-percatación.

Ahora bien, las condiciones bajo las cuales tiene lugar la auto-percatación quedan en gran medida inconclusas en la obra husserliana. Por lo tanto, Osswald se refiere a la filosofía de Jacques Derrida y a la posterior reinterpretación de Rudolf Bernet y halla en ellas posibles herramientas para intentar suplir el vacío que dejó Husserl. El intento de aquellos autores consistió en negar la existencia puntual del presente, provocando que su manifestación pueda ser únicamente “post-factual”, es decir, que dependa de la mirada retroactiva de la conciencia. Este planteamiento anula el problema en torno a la auto-manifestación del presente, ya que, desde el principio, hace de éste un contenido inconsciente. Osswald, valiéndose de un apoyo textual ineludible, desarma astutamente este intento de hacer inconsciente al momento impresional y recurre a las indicaciones presentes en los escritos de la etapa de Bernau y a los textos sobre el tiempo de los años treinta. En Bernau, Husserl había concebido, por primera vez, la reducción al presente viviente y la idea de un nivel del yo, denominado “proto-yo”, que es ajeno al fluir temporal. De él surgen los actos pero él no se identifica con ellos. Posteriormente, en los años treinta, este problema se vincula específicamente con el núcleo del presente viviente, un núcleo que no pasa y que, en esa “eternidad”, hace posible la auto-manifestación. En síntesis, el yo operante que vive en el presente viviente se asemeja al río heraclíteo: “puede ser calificado, a la vez, como permanente, en referencia a la función de auto-manifestación que se mantiene constante, y como fluyente, en tanto en él se da un contenido siempre cambiante” (p. 102).

Sobre la forma abstracta de la síntesis temporal, que “borra las diferencias y aplana las intensidades” (p. 109), se monta la operación de las síntesis asociativas, que

explican el contenido material y afectivo de las vivencias en su modo más general. Esto ocurre en el tercer capítulo titulado “La asociación”. Por un lado, el tiempo es la condición de que algo dure pero es incapaz por sí mismo de determinar el principio y el fin de la duración y de explicar los motivos de estos límites. Por otro, la cadena retencional fija la posición de los contenidos retenidos pero no puede dar respuesta a la pregunta de cómo algunos contenidos más distantes en el tiempo parecen, sin embargo, más próximo. A pesar de la relevancia del aspecto material en el examen de las síntesis asociativas, no se trata, señala Osswald, de una asociación en un sentido empirista, es decir, de una relación real entre dos entes reales, puesto que en el análisis está supuesta la desconexión de la tesis de la actitud natural. Tampoco se trata de la interpretación irreal que, en línea con la perspectiva de Franz Brentano, entiende que la fantasía desempeña el papel central, haciendo presente lo ausente por medio de un mecanismo de reproducción. En definitiva, señala Osswald, lo que Husserl intenta hacer es describir los procesos constituyentes que están a la base de cualquier experiencia.

Así como había quedado claro en los estudios sobre el tiempo que Husserl llevó adelante entre los años 1893 y 1917, en *Analysen zur passiven Synthesis*, el filósofo alemán pone de nuevo el acento en la fase impresional, como aquella fase original de donde emana todo poder afectante. Osswald aclara que si bien tiene lugar una cierta reducción al presente, no hay una anulación completa de la temporalidad ni mucho menos una dependencia de las síntesis temporales con respecto a la asociación. En el análisis hay una suspensión de los horizontes de pasado y futuro pero el presente del que se habla se correspon-

de más bien con una versión distendida y fluente de él, en el cual es posible una síntesis y una sensación que duren.

En este punto se explicita una de las modificaciones más sustanciales de la filosofía husserliana: el material hylético posee una constitución pasiva y pre-objetiva que antecede a la actividad objetivante del sujeto. Si bien la *hyle*, en consecuencia, pasa a formar parte del lado noemático de la conciencia, eso no significa “expulsarla de la inmanencia sino reconocer una estratificación en la inmanencia entre un orden activo, donde se encuentran los actos aprehensores, y un orden pasivo, donde se ubican las síntesis asociativas y las unidades hyléticas, que son sus correlatos” (p. 130). Así, la conformación del campo afectante presente se comprende a la luz de la proto-asociación, cuya legalidad está garantizada por las leyes de semejanza, contraste y contigüidad. Siguiendo estas leyes, las síntesis dan lugar a unidades que, al destacarse del campo, pueden afectar o atraer al yo y motivar la actividad constituyente de éste. Con todo, bajo “campo” no debe entenderse una suerte de continente que pre-existe a las unidades sensibles ni un conjunto de elementos atómicos desconectados entre sí. Por el contrario, el campo sensible detenta un carácter multívoco: comprende tanto el destacarse de las unidades sintéticas del trasfondo como la inadvertencia de otros elementos, siempre pasibles de ser eventualmente despertados.

En relación con la gradualidad y relatividad de la afección, Husserl distingue entre las unidades que afectan al yo, aquellas que no lo hacen pero tienen una tendencia a la afección y lo que no afecta en absoluto. La lectura que Osswald ensaya a propósito del concepto husserliano de “inconsciente”, que comprende en sentido general el domi-

nio de representaciones que se encuentran sumidos en una oscuridad total, es particularmente original. Después de aclarar que dicho concepto se aleja esencialmente de la concepción freudiana en donde el inconsciente es el resultado de fuerzas contrapuestas delimitadas por la represión, el autor señala tres sentidos posibles que pueden vincularse con el inconsciente husserliano. En un primer lugar, Osswald acude a la interpretación de Paul Ricoeur, según la cual lo no-afectante se correspondería con el horizonte de intenciones objetivantes vacías. En segundo lugar, se presenta la posibilidad de vincular lo inconsciente con un grado cero de afección de los contenidos retenidos, lo cual, aclara el autor, no implica una pérdida de la condición de representación sino la unión de este contenido en un conjunto general e indiviso de afecciones. Dicho contenido puede ser eventualmente despertado y volverse consciente si se vincula asociativamente con un contenido del presente viviente. En tercer lugar, encontramos la referencia al inconsciente pre-afectivo, sustentada en una distinción muy lateral que realiza Husserl entre lo afectante "por-sí" y lo afectante "para-mí", en donde lo primero configuraría la primera forma de la afección pero con total independencia del sujeto. Si bien Osswald toma esto como una mera indicación y reconoce la naturaleza "oscura y problemática" del asunto (p. 152), afirma que esta perspectiva solucionaría el problema circular del paso de lo no-afectante a lo afectante que se formula del siguiente modo: para que algo pase a ser afectante tiene que poder destacarse y para destacarse tiene que haber salido ya del ámbito de la afectividad nula. Agregaríamos que la cuestión no sólo adolece de incompreensión sino que su intención original exige un compromiso metafísico con la realidad que la reducción trascendental no debería permitir.

Vale la pena también hacer una breve mención de los análisis acerca de las síntesis de reproducción, encargadas de determinar la motivación del recuerdo, y las síntesis de anticipación, cuya función es explicar el origen de la espera. En la medida en que las presentificaciones de futuro se fundan en las experiencias pasadas, el análisis recae en las síntesis de reproducción y, particularmente, en la semejanza entre la vivencia presente y la pasada que dota de nueva intensidad al suceso pasado, el cual, en consecuencia, impacta en el presente, motivando el recuerdo de ese contenido afectante. Si bien las palabras de Osswald al respecto aclaran de manera definitiva el fenómeno de la rememoración, más revelador aun es descubrir que aquello construye una fenomenología del sujeto, es decir, que posibilita que el sujeto se capte como un sí-mismo concreto e histórico, moldeado en función de los relieves formados por la afección.

La afección aparece de manera central en el cuarto capítulo del libro y es definida por el autor como "la capacidad de la pasividad de incidir sobre la actividad" (p. 157). Se trata, entonces, de estudiar cómo la configuración pasiva de las unidades distintas del yo despierta la actividad del yo. Esto lleva a visitar un tema siempre controversial, a saber, la variedad de interpretaciones que Husserl mismo y sus comentaristas han hecho de la relación entre mundo y conciencia. A la luz de los *Manuscritos del grupo C*, los cuales ingresaron formalmente en las arcas de la *Husserliana* en el 2006, Osswald subraya la nueva dirección de determinación que anima la relación intencional: la sensación constituye un "campo diferencial dueño de una vida intencional capaz de ejercer influencia sobre el yo" (p. 157). En otras palabras, la sensación posee un modo de donación pasivo e indepen-

diente de los actos de aprehensión del ego que despierta el volverse atencional del sujeto hacia una materia ya preconfigurada. Esta aparente indistinción de los límites entre lo trascendente y lo inmanente, entre mundo y conciencia, que lleva a los comentaristas a reforzar el parentesco entre la filosofía husserliana y la merleau-pontyana, es puesta en duda por el autor. No se trata, como creen Anne Montavont y Dan Zahavi, de un rechazo de la posibilidad de la *epoché* y de la consecuente disolución de la relación de fundamentación del mundo en la conciencia, sino de la profundización de la subjetividad y de la postulación de un pre-campo sensible que todavía no es propiamente mundano pero sí distinto del yo.

Osswald subraya que, aun en esta presentación del vínculo intencional reducido al presente viviente, el volverse del yo operante hacia aquello que se destaca y lo afecta constituye un acto en sentido propio. Lo novedoso de los manuscritos de los años treinta, señala el autor, es el intento de fundar las síntesis asociativas que explican la legalidad de la afección en una proto-legalidad pasiva en donde son protagonistas los instintos. En el principio, caracterizado por una indiferenciación entre el polo yoico y el polo no-yoico, sólo puede identificarse el operar no-objetivante del proto-instinto (*Urinstant*) el cual, de acuerdo a la atracción hacia el placer y el rechazo del dolor y al nivel de cumplimiento en la búsqueda de satisfacción, va trazando límites y separándose de lo externo. Esta forma germinal del mentar, afirma Osswald, preconfigura los procesos de plenificación entre intenciones vacías e intuiciones que ocurren en la vida despierta. Por eso, añade, "la constitución del mundo, entonces, puede ser caracterizada como un proceso, estructurado en niveles, de progresiva «exteriorización» de la inmanencia" (p. 168).

En síntesis, Osswald aborda en los cuatro primeros capítulos las distintas capas de la pasividad que Husserl descubre a través de la aplicación del método genético. A la luz de esto, el académico argentino inicia un camino de reflexión profundo y propone una lectura novedosa en torno a los conceptos de "sujeto" y de "acción".

El sujeto en acción

En la primera parte del quinto capítulo, el lector puede comenzar a vislumbrar los resultados de la investigación y, con ellos, la originalidad de la propuesta interpretativa de Osswald, la cual no sólo contribuye de manera definitiva a las discusiones sobre el papel de la pasividad en la filosofía de Husserl sino que también ofrece una relectura de la idea de apodicticidad heredada de la tradición cartesiana y vigente hasta su última obra publicada en vida, *Meditaciones cartesianas*. La propuesta de Osswald consiste en "pensar que la apodicticidad del *cogito* reside en la auto-manifestación de la conciencia que tiene lugar en el presente viviente y de manera pasiva" (p. 200). Dejando por ahora de lado la relación del *cogito* con el presente viviente, aparecen dos problemas que Osswald reúne desde el comienzo. Una primera cuestión se refiere al modo de acceso al fundamento fenomenológico del sujeto y, en consecuencia, del mundo, y una segunda cuestión se vincula al modo en que aparece lo que se investiga. En otras palabras, se trata de comprender el método y el objeto de la investigación, manteniendo en consideración que el método de la fenomenología debe estar determinado por su objeto. En la primera versión husserliana del *cogito*, más próxima al universo del cartesianismo tradicional, el *cogito* aparecía como apodíctico en tanto y en cuanto carecía de menciones con-

mitantes y su tesis, en consecuencia, no podía ser cancelada. La mirada intencional y reflexiva que se vuelve sobre el yo, buscando su carácter evidente, en verdad da con el correlato de su acto, que siempre es un objeto y no un sujeto. Ante el reconocimiento a partir de la década de 1920 del escorzamiento temporal de la vivencia, Husserl reduce la apodicticidad al núcleo del presente. Tomando la filosofía de Michel Henry como guía para comprender qué quiere decir esto, Osswald considera que se trata de una donación que no supone la visión intencional ni, en consecuencia, una duplicidad entre la nóesis y el nóema, sino que es el saber inmediato y pasivo que se da en el presente viviente y que anima la conciencia temporal. En consecuencia, el carácter apodíctico buscado por la vía cartesiana recae sobre el proto-yo que habita en los niveles pasivos, cuya principal característica no es ya llevar a cabo actos objetivantes y constituyentes sino poseer la capacidad de auto-afectarse.

En la segunda parte del capítulo en cuestión, Osswald extiende las conclusiones recién presentadas a la vida infantil y animal, consideradas como vidas que no pueden ejecutar actos en el sentido más estricto, pero poseen una cierta naturaleza yoica. La atención que reciben estas formas de subjetividad, en particular la animal, es muy escasa en los estudios husserlianos y, por lo tanto, esta sección del libro resulta especialmente atractiva. El autor divide el planteamiento en dos aspectos: por un lado, se ocupa de describir el nóema infantil y animal, por la vía de una empatía mediata auxiliada por la imaginación, y por otro, busca comprender la experiencia propia de esos sujetos que configuran trascendentalmente la subjetividad del humano adulto. Haciendo a un lado el problema del niño como correlato noemático, es me-

nester resaltar el tratamiento que Osswald realiza de los instintos, rastreando cómo se desarrolla la intencionalidad objetivante a partir de la satisfacción cumplimentada del instinto de autoconservación y de la inclinación hacia los otros, las cuales en el caso de la primera niñez confluyen en el cuerpo de la madre. Lejos de limitarse a una lógica mecánica e impersonal, los instintos se repiten y se consolidan como habitualidades en función del placer que prometen, permitiendo así la configuración de un yo con carácter propio, es decir, una mónada. También pasaremos por el alto el primer aspecto del análisis en el caso del sujeto animal y nos concentraremos en el apartado que Osswald titula "La animalidad del sujeto". La monadología trascendental, en tanto historia de los momentos de las concreciones de la subjetividad humana, supone una estratificación que comprende una vida anímica animal. Apoyándose en eso, el autor postula una de sus tesis fundamentales: "pasividad y actividad no son fuerzas contrapuestas sino momentos de un despliegue, grados de un continuo que abarca en sus múltiples modulaciones el arco que va desde la vida inorgánica a la humanidad racional" (p. 231). Esta afirmación se apoya también en la interpretación de que el proto-yo como fundamento pasivo de la subjetividad actual supone implícitamente el horizonte de pasado, en el cual tuvieron lugar los momentos del pre-yo, entre los cuales se halla la conciencia instintiva animal.

El sexto y último capítulo funciona como una suerte de epílogo que ofrece tanto al iniciado como al experto en Husserl indicios muy provechosos para comprender la estructura del pensar husserliano. Se trata, pues, del entrelazamiento que se da entre las capas pasivas y las capas activas de la conciencia, entre los instintos originarios

y la acción, entre teleología y libertad. El despliegue monádico anticipado en el capítulo anterior, afirma Osswald, "no está garantizado; esto es, toda predicación de necesidad se hace sobre el suelo de lo que fácticamente ocurre" (p. 236). Ahora bien, dentro de los posibles sucesos que pueden formar parte de la cadena generativa de la humanidad se encuentran también los momentos de crisis, cuyos motivos deben rastrearse en la acción concreta del hombre. Ahora bien, a simple vista, esto parecería habilitar el planteamiento de una dicotomía entre el despliegue armonioso de la teleología y la irrupción traicionera y calculadora de la razón. En lugar de eso, Osswald propone profundizar la convivencia entre racionalidad e irracionalidad. Considerando esto Osswald aclara que la crisis podría no haber sucedido o, por el contrario, que las mónadas podrían no haberse desarrollado nunca. Ahora bien, a pesar de que la sinrazón y la razón conviven, hay una relación de jerarquía. Una vez que las mónadas acceden al estado de vigilia más desarrollado, la pasividad intrínseca a la persona individual y a las personalidades de orden superior como las comunidades históricas y científicas pierde su valor como impulsora de ese despertar y se convierte en un posible germen de crisis. Lo mismo sucede a nivel individual, es decir, en la dimensión ética de la vida del sujeto. La investigación en torno a la génesis y al fundamento de la acción personal conduce a plantear que la acción debe necesariamente romper con las motivaciones de la pasividad. Esto se logra, dice Osswald, si se concibe al sujeto como una "agente" personal, libre y voluntario, decidido a llevar adelante un ejercicio reflexivo que sopesa el valor de los impulsos y afectos instintivos y de las habitualidades sedimentadas. La actividad es, a los ojos de Husserl, siempre una ruptura y un "plus" con respecto a la pasividad. Nuevamente

surge el interrogante: "¿no es contradictorio sostener, a la vez, que la pasividad funda la actividad y que la actividad debe negar la pasividad?" (p. 247). Osswald responde aclarando que se trata de dos interrogantes que, si bien convergen, corresponden a abordajes diferentes. En un caso se trata de explicitar la condición pasiva de toda experiencia mientras que, en el otro, se pone el acento en el presente y en la validez actual del acto. En definitiva, esto último es lo que llama al hombre a volverse sobre su historia individual y colectiva y someterla a un tratamiento racional y crítico, con el objetivo de detectar los desvíos y perturbaciones de los sentidos originarios.

Reflexiones finales

Desde la formación más primaria del material hylético hasta las cuestiones de la ética, Osswald recorre la tensión entre la actividad y la pasividad y entre el yo y lo ajeno al yo siendo fiel a la máxima husserliana que llama a evitar los saltos en el análisis y propone una gradualidad entre ambas dimensiones, desdibujando, a la vez, la correspondencia entre sujeto y actividad. El valor de la obra de Osswald es incuestionable: en el plano densamente estratificado de la filosofía husserliana, logra desarrollar un relato que, sin dejar de distinguir y separar las instancias de constitución, las reúne. Sin embargo, con esto no significamos que las diferencias de nivel se solapan indistintamente sino que, por lo contrario, delinean el andar zigzagueante que caracteriza al proyecto filosófico de Husserl. El zigzag, como figura teórica, aparece en el tomo VI de la *Husserliana* y remite al movimiento universal de la historia. Ésta, para alcanzar una progresión en la esfera del mundo concreto pero sin perder el sentido con el cual fue originariamente

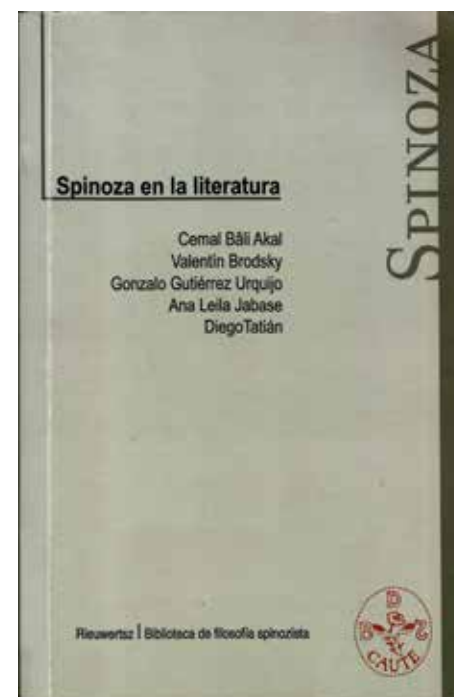
instituida, debe avanzar como en un zigzag, avanzando y retrocediendo a través de la tradición en dirección a su origen y a su meta, a fin de poner de relieve el “despliegue de sentido” con sus “desplazamientos de sentido”. Pero esta acepción, vinculada a lo que describimos inmediatamente arriba, relativo al ir y volver del hombre entre sus habitualidades y su voluntad de acción, no es la única. Si ampliamos el panorama podemos advertir que la misma filosofía de Husserl en su totalidad tiene la forma de una zigzag. Si en los orígenes de la fenomenología trascendental el yo puro era el residuo de la reducción trascendental y, por lo tanto, no más que un polo vacío, en los análisis de la pasividad el yo se densifica y obtiene un carácter histórico y concreto. Especialmente llamativo es, entonces, que estas indagaciones conduzcan nuevamente a la identificación de un yo anónimo, fundamento del tiempo y razón de su propia manifestación, que habita en el presente viviente. Así, el dibujo que traza el pensar husserliano no se vuelve menos caótico pero sí más asequible.

Una breve y última reflexión permite también descubrir un valor agregado en el texto de Osswald. Ante un contexto socio-político mundial y local caracterizado por el debilitamiento del “pensamiento crítico” en nombre de sentimientos vacíos y de dicotomías anticuadas que plantean la división entre lo familiar y lo ajeno, el despertar racional de la acción husserliana renueva la confianza en la fuerza de la voluntad autónoma. Incluso la sedimentación pasiva de sentidos que da vida al despliegue histórico de una tradición comunitaria o individual deviene un peligro constante que sólo puede ser vencido por medio de la reflexión permanente. Por ese motivo, la irracionalidad, representada en este caso por la pasividad y las motivaciones, lejos de

ser un obstáculo, hace las veces, como lo advierte el mismo Husserl en un manuscrito, del fundamento teleológico para todo lo racional.

Inspiraciones spinozistas

MARÍA JIMENA SOLÉ



Reseña de Cemal Bâli Akal, Valentín Brodsky, Gonzalo Gutiérrez Urquijo, Ana Leila Jabase y Diego Tatián, *Spinoza en la literatura*, Córdoba, Encuentro Grupo Editor / Editorial Brujas, 2016, 222 pp.

Recibida el 10 de marzo de 2017 –
Aceptada el 4 de abril de 2017

Los cinco artículos reunidos en este libro son una invitación a explorar la relación entre Spinoza y la literatura, una relación fecunda y compleja que se comprueba en ambas direcciones. Se sabe por el inventario de su biblioteca, realizado luego de su muerte, que Spinoza tenía obras literarias de autores como Petronio, Quevedo o Góngora. Spinoza, podemos suponer, fue un asiduo lector de literatura. Incluso es posible encontrar, en la aparentemente fría construcción geométrica de su obra principal, alguna cita de Ovidio y hasta la referencia a un personaje que ha perdido su memoria y, según se ha propuesto, sería el mismo Don Quijote de la Mancha. Pero además, existe una recepción del spinozismo en la literatura. En efecto, numerosos hombres y mujeres de letras, o del ámbito más amplio del arte, se han interesado por Spinoza, tanto por su vida y su persona como por sus ideas y su sistema. Este libro explora esta segunda dimensión, al proponer un recorrido por una serie de obras literarias en las que Spinoza y su filosofía funcionan como una inspiración explícita: los escritores franceses Marqués de Sade y Paul Bourget, el inglés D. H. Lawrence, los escritores judíos Isaac Baschevis Singer, Bernard Malamud y Amós Oz, y los poetas turcos Asaf Hâlet Çelebi y Hamdi Koç. De este modo, se descubre y analiza la presencia de Spinoza y el spinozismo en obras literarias muy distintas –novelas, ensayos, poesías– de épocas y ámbitos muy diversos –desde la Francia ilustrada a la Francia hundida en la crisis de la derrota en la Guerra Franco-Prusiana, desde la Inglaterra de comienzos del siglo XX hasta la contemporaneidad de la literatura turca, pasando por una serie de escritos de la tradición judía– y se analiza la relación entre el spinozismo y estos autores, que comparten el hecho de haber albergado la